

DE BUENAS LETRAS

# Camus

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC  
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**H**oy, mamá ha muerto. O tal vez ayer, no sé». Así comienza 'El extranjero'. Desde esta primera línea, Albert Camus va cincelando la expresión de la duda, o mejor, de la indiferencia y la nada más feroz. En nuestra contemporaneidad, los actos, especialmente los colectivos, no se explican sin la dinámica del caos y el absurdo. El crimen de Meursault tan sólo es justificado por los efectos del sol y del brillo de un cuchillo. Los cuatro disparos fueron «cuatro golpes breves con los que llamaba a las puertas de la desgracia». No hay más explicaciones. Aca-so esta omisión, este salvaje silencio, sea una de las leyes que mueve la conciencia del hombre moderno. Es verdad que la narrativa y el teatro de Camus acusan un exceso de tesis. Para él la novela era ante todo «una filosofía puesta en imágenes», lo que se evidencia no sólo en el 'El extranjero' (1942) sino en 'La peste' (1947), donde prevalece la persistencia de un individualismo solidario frente a la corrosión interna de las ideologías, o en 'La caída' (1956).

En este pasado noviembre se han cumplido cien años del nacimiento de Camus (1913). Tanto su antidogmatismo como su permanente espíritu combativo lo convierten en una voz necesaria, cuya actualidad (no hace mucho vimos en Granada un Calígula) lo sitúa, a mi juicio, muy por encima del reverenciado oficialismo de Sastre, con el que mantuvo airados enfrentamientos en las páginas de 'Les Temps Modernes'. Al contrario de éste, Camus nunca justificó los excesos del poder. Siempre fue un argelino en la metrópoli o un colono en Argelia. Aún lo sigue siendo. Su profundo sentido crítico, macerado desde las filas de Partido Comunista, terminó situándolo en tierra de nadie, entre dos abismos: el de la vida y la existencia, el deseo y la realidad, el cielo y la tierra. Con una actitud tan libertaria como 'fieramente humana', asumió su verdad individual, el esfuerzo por vivir, con la misma entereza que su propia sinrazón o sus dudas. Luchador infatigable contra cualquier totalitarismo, fue denostado por un gran sector de la izquierda francesa. Sin embargo, su constante in-

surrección se palpa en 'El hombre rebelde' (1951), de donde extraigo una sentencia irrefutable: «El porvenir es la única clase de propiedad que los amos conceden de buen grado a los esclavos». En ese sentido, Camus nos recuerda a otro agitador contemporáneo: al mejor Pasolini, el poeta y el ensayista de 'Escritos corsarios'.

Los disidentes, los herejes, sin duda, incomodan, a la vez que dan que pensar irremediabilmente. En estos años angustiosos y unanimistas, en los que abundan predicadores, instructores, arbitristas, se echa muy en falta la figura del librepensador, del que, como Albert Camus, piensa en y desde la libertad, el que se rebela y perturba, el que, movido por un profundo sentido ético, habla de lo que los demás callan, el que, solidario y solitario, salta al vacío sin miedo, con el único deseo de fundar desde la palabra la dignidad del mundo y del hombre.

Siempre me ha llamado la atención una fotografía suya de 1957. El escritor que estuvo junto a «los que sufren la Historia» está rodeado de sus libros, en cuyas portadas luce una faja en la que se lee: 'Prix Nobel'. Su mirada parece serena, escéptica, desconsolada y sutilmente dolorosa. Es la misma mirada de un extraño o un 'extranjero', del que se siente profundamente derrotado a causa de la grandeza de los honores, los que le otorga esa misma sociedad bien pensante contra la cual tanto había luchado y que, por fin, lo abraza y lo acoge en su grey. Tres años después de esta instantánea, Albert Camus murió en un accidente de tráfico.